



Felburn

Principes

Capítulo 5

Fauces

El sol había comenzado a descender y las primeras sombras de la tarde empezaban a besar las torres más altas de las iglesias de Londres cuando los animales comenzaron a hacerse notar en la plaza frente a Bishop's Court. No fue al principio una llegada llamativa. Algunos perros abandonados que gañían buscando a sus amos, un par de chuchos callejeros que se disputaban la mejor parte de un hueso recientemente sustraído de la cercana carnicería o la ocasional pareja canina que se olisqueaba frente a las puertas del tribunal de justicia.

Los viandantes miraban sin realmente prestar atención al creciente número de animales que tenían que evitar mientras paseaban y no fue hasta que el segundo edificio más emblemático del barrio abrió sus puertas cuando se hizo evidente para los presentes el hecho de que los animales los superaban en una proporción de cinco a uno y la riada de canes que acudían movidos por una invisible llamada parecía no tener fin.

La puerta del edificio familiarmente conocido como la Logia Blanca no se abrió de ninguna forma especial ni con gran revuelo. La puerta no emitió sonido alguno que estuviera fuera de lugar en unas hojas que habían permanecido durante más de cien años sobre los mismos goznes. Ni siquiera el hombre que apareció en el umbral era particularmente llamativo. Se trataba de un joven que apenas alcanzaría la veintena y que a ojos de la hermandad que tenía su hogar tras las encaladas paredes no podía ser más que un escudero, pues aun no se le permitía vestir el blanco ceremonial por el cual eran conocidos los Caballeros de la Rosa y la Sangre. Sus superiores en la orden le habían enviado allí a entregar un mensaje al gran maestro, quien tenía en Bishop's Court su residencia habitual. Nada de importancia. Formalidades rutinarias que, sin embargo, suponían un gran honor para cualquier aspirante a caballero ya que constituían un contacto directo con Sir Percival Goodman, líder de la orden en Inglaterra y uno de los caballeros de mayor renombre en el mundo. Goodman había sido amable y cordial con el muchacho durante su breve estancia e incluso le había ofrecido una taza de té que había sido educadamente rechazada siguiendo los protocolos establecidos por la hermandad. La labor se había cumplido satisfactoriamente. Los mensajes se habían entregado y solo restaba el regreso a la modesta logia a las afueras de Oxford en la que el superior del joven escudero esperaba las respuestas del gran maestro.

Pero esas respuestas aun tendrían que esperar.

Nada más abrirse la puerta todas las orejas caninas repartidas por la plaza se irguieron, los hocicos se retrajeron mostrando colmillos sucios y afilados y, uno tras otro, todos los animales allí congregados se lanzaron contra la verja de hierro que rodeaba el perímetro de la logia con toda la fuerza que sus patas les permitieron. Cual Cerbero guardando las puertas del Hades, los perros bloquearon las salidas tras un muro de babeantes fauces. Ladraban, gruñían y algunos incluso se provocaban heridas intentando introducir la cabeza entre los barrotes. Ninguno saltó al interior del patio, pero el mensaje que dejaban era muy claro: nadie abandonaría la logia. Al menos, no con vida.

- Tranquilo, señor Dobson. Todo va a salir bien - intento consolar Argyle al afligido hombre que aun le abrazaba sollozante como hace un niño que busca el consuelo en los brazos de su madre. Habían pasado ya varios minutos desde que descubrieran al que supuestamente había

sido el asesino de Rodryn Glasnov escondido en su propia habitación, desnudo y totalmente ajeno al caos de suciedad y muebles destrozados que le rodeaba. Habían conseguido que se centrara lo suficiente como para reconocer la presencia de otras personas a su alrededor, pero desde que había abandonado su estado de estupor no había parado de llorar. Lamentaba una y otra vez todo lo ocurrido y se había disculpado con Argyle un centenar de veces por el encuentro que habían tenido en las perreras. Su desconsuelo había llegado hasta el punto de que ninguno de los presentes sabía ya que decir para consolarle.

- Ya no va a hacer daño a nadie. Estamos aquí para ayudarle - repitió el caballero por enésima vez -. Todo ha terminado.

- No - un nuevo momento de lucidez brillo en los ojos de Dobson -. Nada termina hasta que ellos no lo deciden. Sus planes aun no se han cumplido.

- ¿Ellos? - preguntó Leo esperando que lo que dijera el despojo humano que en esos momentos era Dobson no fuera lo que estaban esperando.

- Los líderes de la manada. Los lobos blancos que ustedes buscan. Si, ellos saben que los están buscando. Ellos son los que deciden cuando terminará la cacería. Y lo divertido no ha hecho sino empezar - no miró a nadie cuando dijo eso, abstraído en su propia locura -. Ellos sabían que vendrían aquí, por eso no me dejaron acompañarles. Pero aunque están lejos puedo escucharles en mi cabeza y los oigo deleitarse con las piezas que están a punto de cobrar.

- ¿De qué está hablando, Richard? - intento razonar con él Argyle -. No hay ninguna cacería. Está todo en su imaginación. Si estuvieran cazando gente para alimentarse, los lobos no me habrían dejado salir de las perreras sin sufrir daños. Tú lo sabes. Estabas allí.

- No cazan para alimentarse. No lo necesitan. La manada les da todo lo que necesitan. Pero en todas las cacerías hacen falta señuelos. Eso es lo que dicen - Dobson sacudía la cabeza violentamente, intentando deshacerse físicamente del malestar que le provocaban sus acciones ya pasadas, pero sus palabras estaban cargadas de intención -. No era a usted al que querían. No les sirve cualquier presa. Pero ahora ya saben dónde encontrar lo que buscan. Usted les ayudó. Les llevó hasta él. Desean hacerle sufrir, ¿sabe? Al hombre gordo. Lo devorarán, pero antes quieren jugar con él como si fuera un conejillo. Quieren que tenga miedo.

Dobson no pudo evitar que una risilla taimada se colara entre sus lágrimas. Su conciencia no estaba aún totalmente centrada en el momento y el lugar en el que se encontraba su cuerpo, permaneciendo permanentemente en contacto con las mentes dominantes de los blancos lobos reales y por corruptos instintos de aquellas aberraciones lupinas con las que Dobson tenía tanto en común como con la especie humana. Una parte de él no podía evitar disfrutar de la presa capturada, aún en presencia de otros hombres, y eso hacía que ser repugnara aún más a sí mismo.

Argyle se puso en pie como si le hubieran acercado una tea ardiendo. Había sido un estúpido. Había subestimado a sus adversarios y por ello muchos caballeros estaban ahora a punto de sufrir un destino peor que el reservado para los criminales convictos. Ninguna pena puede compararse a ser devorado por bestias rabiosas. Se volvió hacia su hermano quien asintió levemente con la cabeza y no le hizo falta más señal. En dos zancadas Argyle llegó a la puerta y abandonó la habitación, sobresaltando a la casera, que se encontraba acurrucada en el hueco de la escalera intentando añadir los hechos de esa noche a su particular colección de

información. Se marchaba tranquilo porque Leo se quedaría junto a Ravencrown para vigilar al señor Dobson, aunque no confiaba demasiado en la reacción que el desarrapado noble pudiera tener si Dobson cambiara a su forma monstruosa. El naturalista había permanecido mudo durante todo el encuentro con el trastornado guardián de la perrera. En todos sus libros sobre teoría evolutiva no se hablaba de la clase de traumas que una especie más débil puede sufrir al verse sometida a la voluntad de otra especie mucho más apta para el dominio. Aunque una cierta angustia era algo que se daba siempre por supuesto en el proceso evolutivo, Ravencrown jamás podría haber imaginado que en un duelo biológico de estas condiciones, la especie más débil sería el ser humano. El señor Dobson parecía debatirse constantemente entre su propia conciencia y un deseo febril de servir a los líderes de su recién encontrada manada. Un espécimen físicamente apto como él no debería haber tenido problema para imponerse a los demás compañeros por el mero uso de la fuerza bruta y sin embargo, allí estaba, gimiendo porque no quería hacer daño a ningún otro ser humano y a la vez lamentándose porque no podía acompañar a sus líderes en la cacería. Lobo y hombre. Dos criaturas con necesidades muy distintas habitando en una sola piel y constantemente en disputa. En defensa de sus propias teorías, Ravencrown se justificaba diciendo que Dobson poseía una inteligencia muy mermada que, unida a lo que no podía ser más que una capacidad empática sobrenatural, muy superior a la de cualquier ser humano común, nacida de su doble naturaleza, lo rendía a la voluntad de aquellos a los que la naturaleza había concedido unas mayores dotes para el mando. Lo que realmente aterraba y fascinaba a la mente científica de Ravencrown era lo que podría ocurrir si semejantes capacidades se hubiesen encontrado en un ser humano completamente normal o, mejor aún, en alguien especialmente dotado para el mando. Un noble. Un general. Qué ejércitos no habría podido comandar una mente así, capaz de hacer que todos sus subordinados pensasen como uno solo y de coordinar silenciosamente ataques a grandes distancias. La mera idea era tan atractiva que resultaba terrorífica.

- Esto es simplemente ridículo - afirmó Alan Kirkman por segunda vez en menos de un minuto ante los otros nueve caballeros que, reunidos en el salón de asambleas de la Logia Blanca, intentaban encontrar una lógica a la situación que se desarrollaba ante sus puertas. Kirkman era uno de los más veteranos entre los presentes, sólo superado en edad por el doctor Leterre y por el mismo gran maestro, siendo este último el único que podía competir con él en honores y hazañas reconocidas. Kirkman siempre había sido una de las voces más respetadas en cualquier toma de decisiones que afectara al bienestar de la logia en su totalidad, y tenía fama de ser un hombre siempre sensato pero presto a la acción. Muchos eran los caballeros que habitualmente secundaban sus posturas, ya que veían en su figura al futuro líder de la hermandad. Un líder menos atado por la tradición y las formalidades que el actual comandante en jefe y para quien la sangre nueva tendría una mayor relevancia. Un reformista. Un guerrero a quienes los más jóvenes tomaban como faro y a quien ofrecían su apoyo incondicional en lo que a entrar en batalla se refería. Excepto hoy. Ante lo ocurrido a las puertas de la casa franca de la hermandad, la incertidumbre y la indecisión eran las tónicas reinantes. No se respiraba miedo entre los presentes, pues al fin y al cabo no tenía sentido temer a unos simples perros, pero ninguno de los allí reunidos podía quitarse de encima la sensación de que aquella maniobra canina, tan demente como cuidadosamente organizada, escondía una segunda intención que ninguno de ellos había sido capaz de averiguar y que, en última instancia, les hacía sentir, como bien había dicho Kirkman, completamente ridículos.

- ¿Por qué no salimos ahí y los espantamos a los cuatro vientos? – volvió a la carga el curtido caballero, airado y frustrado al ver como sus camaradas miraban a aquellos sentados más cerca en busca de un gesto o una mirada cómplice que no terminaba de llegar -. Por el amor de

Dios. Si ante algo así nos escondemos como viejas, ¿qué ocurrirá el día que tengamos que enfrentarnos a una amenaza real? ¿Presentaremos las armas y nos rendiremos? ¿Besaremos las negras posaderas de Lucifer y marcharemos satisfechos al infierno?

- Por favor, Alan, ten un poco de calma – fue Leterre quien intervino, pues el gran maestro Goodman permanecía mudo, sin despegar la vista de la ventana, desde donde podía observar como cada vez más animales se iban uniendo a la jauría que ya había tomado de forma efectiva el control de la plaza -. Hay más de un centenar de animales ahí fuera y, por lo que sabemos, ni siquiera la policía ha podido entrar en la plaza desde hace más de una hora. Necesitamos averiguar por qué todos los perros de Londres están haciendo esto, qué los está moviendo. Quizá esté ocurriendo también en otras partes del país, o del mundo. Quizá sea una señal de algo más grande y, si es así, no podemos empezar a tratar los síntomas antes de saber cuál es la enfermedad.

- “No hay nada más asqueroso que un sucio, sarnoso y salvaje perro callejero” – citó tímidamente las sagradas escrituras uno de los caballeros más jóvenes, aún no probados en combate y quizá más temeroso de enfrentarse a la enfervorecida jauría que muchos de sus compañeros. Sus palabras le valieron un gesto de aprobación por parte del viejo doctor quien también había estado revolviendo en los rincones de su memoria en busca de alguna referencia bíblica que se pudiera aplicar a la situación.

- Así que ahora estamos ante una señal del fin de los tiempos – Kirkman cada vez se encontraba más fuera de sí ante lo que consideraba una precaución excesiva y un asomo de estulticia en sus hermanos - ¿Y no pensáis que habríamos recibido alguna otra señal si el apocalipsis hubiera llegado? ¿Hasta dónde han avanzado las legiones del Maligno sin que nos diéramos cuenta? ¿Se han abierto los sellos? ¿Han sonado las trompetas? Os estáis volviendo locos...

- ¿Habéis oído eso? – intervino Goodman abandonando su posición en la ventana. Todos callaron y aguzaron el oído, algunos intentando escuchar las trompetas del juicio final que había mencionado Kirkman. No hubo, sin embargo, estruendo de clarines ni truenos proféticos sólo una serie continuada de golpes que, con urgencia, reclamaban que se abriese la puerta del sótano.

Todos los caballeros se movieron rápidamente hacia la puerta, colocándose en una improvisada formación defensiva, con Goodman a la cabeza y los jóvenes más inexpertos en la retaguardia, aferrados a sus talismanes y con las primeras sílabas de sus plegarias ya en los labios.

- ¿Hay alguien ahí? - pregunto el gran maestro aunque la respuesta a esa pregunta estaba clara ya que el insistente golpeteo no había cesado ni un momento.

- Soy Argyle - respondió desde el interior la apurada voz del más joven de los Felburn -. ¿Os encontráis bien ahí dentro? Tengo noticias importantes.

Al momento Goodman abrió la puerta para dejar pasos a una versión de Argyle que ninguno de sus compañeros había visto jamás. Lejos de su habitual pulcritud y elegancia, vestía la misma ropa que el día anterior y la llevaba húmeda y cubierta de manchones malolientes, como si acabara de salir de una alcantarilla, lo que él mismo confirmó segundos después cuando el asombrado Goodman le pregunto cómo había llegado hasta allí.

- La reja del desagüe del sótano es lo suficientemente grande como para que un hombre la atraviese - explico Argyle - y una vez dentro del túnel se puede caminar perfectamente por la galería hasta la salida situada en la parte trasera de los tribunales. Es la más cercana que no se encuentra rodeada por los perros. Todo lo que hay en la parte delantera es terreno enemigo.

- ¿Enemigo? Son sólo perros, hijo - intentó razonar Kirkman sin salir de sus trece -. Difícilmente se puede considerar a esa maraña de pelos y dientes un enemigo. Una plaga a erradicar, quizá, pero nunca un enemigo.

- En eso se equivoca, señor - Argyle se mostraba paciente con sus explicaciones, pero cada vez era más evidente la urgencia que sus palabras trataban de ocultar -. Nos enfrentamos a una fuerza perfectamente organizada. Desde aquí quizá no puedan verlo bien, pero no es solo la puerta de la logia y la plaza lo que ha sido tomado. Todas las calles adyacentes se encuentran bloqueadas por patrullas de canes de gran tamaño que gruñen, enseñan los colmillos y sueltan espuma por la boca como si estuvieran rabiosos ante cualquier intento de cruzar su línea. Hace unos minutos ha faltado poco para que destrozaran a un hombre que ha pensado que no ocurriría nada por intentar llegar hasta la tienda de sombreros de Stevenson.

- ¿Y entonces? - Kirkman parecía divertirse con la conversación de Argyle a quien empezaba a considerar fuera de sus cabales -¿Con que objetivo se ha formado esta fuerza tan terrible de la que habla? ¿Están planeando hacerse con el parlamento y secuestrar a la Reina?

Argyle se ríó también. Si se pensaba fríamente la situación era hasta divertida. Perros contra caballeros. Sonaba increíble. Y, sin embargo, tratar con lo increíble era la labor de la Orden de la Sangre y la Rosa y nada debía considerarse imposible.

- Señor, sería hartó complicado que el enemigo tomara el parlamento desde su posición actual. El resto de la ciudad está libre de amenaza - Argyle siguió con el juego de la jerga militar, aunque solo fuera por fastidiar un poco a Kirkman -. No, lo que buscan esta aquí, y si no actuamos rápidamente el enemigo pronto será lo suficientemente fuerte como para intentar su primer ataque.

- Felburn, déjese de rodeos - ordeno Goodman, a quien la charla con Kirkman no le había divertido en ningún momento.

- Le buscan a él - Argyle señaló a Djegor Andrevitch que no se había movido de la retaguardia, donde su rotunda barriga destacaba entre los caballeros más jóvenes como una colina solitaria en medio de las praderas. El ruso se envaró repentinamente al ver como todas las miradas se volvían hacia él. Desde el funeral de Rodryn Glasnov no había mostrado ni rastro de la dignidad que emanaba de su presencia el día de su llegada, pero intentó recomponerse lo mejor que pudo e intervenir en la conversación aunque sólo fuera porque todo el peso de ésta acababa de caer sobre sus hombros.

- Eso no tiene ningún sentido - respondió -. Soy un *neznakomets*, un extraño aquí. Qué razón habría para que vuestras bestias inglesas quisieran devorarme.

- Nuestras bestias inglesas están dirigidas por dos lobos rusos. Quizá los conozca. Blancos, grandes y de aspecto regio y marcial. ¿Le suenan? - le increpó Argyle. La acusación era patente en sus palabras, quizá más de lo que había pretendido.

Andrevitch volvió a encogerse a su anterior posición y retrocedió un par de pasos, intentando cobijarse entre los muchachos que le rodeaban.

- Señor - continuó Argyle intentando enmendar el golpe verbal que había propinado gratuitamente al viejo maestro -. Quizá le cueste asumirlo, pero sus lobos le han declarado la guerra. Le odian con toda la fuerza de sus almas, si es que las tienen, y si no quiere morir, debe salir de esta casa cuanto antes.

La plaza frente al Old Bailey por fin estaba tranquila. Todos los humanos habían huido despavoridos y nadie hacía ya intentos estúpidos de cruzar el perímetro de seguridad formado y que la gente había empezado a temer, por lo que la mayoría de los perros podían tenderse en el suelo a descansar en alguno de los escasos huecos libres que quedaban en el suelo. La mayoría tenía que conformarse con apretarse con alguno de sus congéneres esperando que este no se sintiera molesto y decidiera rociarle con una respetable cantidad de orín para dejar claro que ese era su territorio, pero el pequeño descanso merecía la pena. En el momento inicial del asalto, la ira de los líderes de la manada se había propagado como una infección entre todos los perros de la ciudad. Muchos se habían dejado uñas y colmillos sin saber muy bien por qué, intentando atemorizar a cualquier criatura que hubiera salido por la puerta del edificio blanco. Pasadas dos horas desde la locura inicial sólo unas cuantas decenas de animales permanecían de guardia, patrullando las calles, pero la mayoría reposaban ya frente a la puerta de la construcción que los líderes de la manada tenían tanto interés en mantener bajo control. Fue uno de estos perros que descansaban, un ejemplar callejero, comido de pulgas y con una fea herida en la pata delantera, producto del intento de atravesar la verja metálica a la vez que varias docenas de sus compañeros, el que se percató del movimiento en las alcantarillas. Curioso por el sonido de chapoteo que provenía del subsuelo, el animal dejó de lamerse la sangre que empezaba a coagularse en la pata para clavar el hocico en una de las bocas que el alcantarillado tenía en la plaza. Lo que vio - una hilera de seres humanos vestidos de blanco, moviéndose en formación en un torpe intento de no llamar la atención - provocó una reacción en cadena entre todos los integrantes de la jauría. Como si ellos mismos hubieran hecho este descubrimiento, los canes repartidos por la plaza irguieron la cabeza y se lanzaron como fieras hacia la boca o tapa de alcantarilla más cercana. El ímpetu mostrado hizo que algunos perdieran la vida en el tumulto, pero ya fuera rascando en el suelo o forzando sus cuerpos a través de las estrechas aberturas muchos otros consiguieron entrar en los túneles en pos de sus presas.

En el subsuelo, el clamor de los perros no tardó en llegar hasta el pequeño grupo de caballeros que, con Goodman y Kirkman a la cabeza estaban a punto de atravesar el perímetro de seguridad formado por el ejército canino siguiendo la ruta que Argyle había marcado. Los perros habían descubierto su presencia y se movían mucho más rápido que ellos. Una vez estuvieran dentro de los túneles los caballeros no podrían escapar por velocidad. Goodman levantó la mano y el grupo se detuvo. La única forma de finalizar aquello sería haciendo frente a la superioridad numérica que se avecinaba entre gruñidos. Pronto la primera cabeza de la maraña canina se hizo visible. Se trataba de un gran mastín, más fuerte que la mayoría de sus congéneres. Se movía con rabia y no dejaba que ningún otro miembro de la partida de caza le tomara la delantera, desjarretando y magullando a cualquiera que osara interponerse en su camino.

Goodman esperó unos cuantos segundos más, hasta que el grueso de la partida estuvo a la vista. En ese momento bajó el brazo. Uno de los caballeros de la retaguardia prendió la yesca que guardaba en el puño cerrado, apretada contra su cuerpo para que la humedad de la

alcantarilla la empapara, y la dejó caer al pequeño torrente aceitoso que corría entre sus pies. En un segundo la escasa corriente se volvió fuego, avanzando a toda velocidad hacia la horda canina que detuvo su avance ante este inesperado y ancestral enemigo.

La serpenteante llama se dividió en cuatro poco antes de tocar las pezuñas del mastín, que intentaba retroceder sobre los cuerpos de los perros más pequeños con la misma furia con la que unos segundos antes intentaba dar alcance a los caballeros blancos. Cada uno de estos nuevos afluentes se dirigió hacia un punto del túnel a mayor velocidad de la que los asustados canes podían desafiar y donde un saco repleto de pólvora esperaba ansioso la llegada de la lengua de fuego. No habría escapatoria para los cazadores sedientos de sangre que ahora aullaban de pánico. Con una plegaria seguida de un trueno que sacudió las entrañas de la ciudad, los Caballeros de San Jorge encomendaron a Dios las almas de sus perseguidores.

Ocultos en el pasillo de la logia, donde ninguna ventana delatara sus presencias, Argyle y Andrevitch escucharon el estremecimiento subterráneo que era su señal para ponerse en marcha. Sabían que el sacrificio que sus compañeros estaban realizando por el bienestar de Andrevitch era mucho mayor que lo que el eco ahogado de una explosión subterránea podía dejar adivinar. Habían sido los más jóvenes entre los caballeros los que habían tomado la iniciativa de atraer a la marabunta canina hacia los túneles que cruzaban el subsuelo de la plaza y allí utilizar pólvora y aceite para sepultarlos o incinerarlos. Habían asumido que las posibilidades de supervivencia en el alcantarillado una vez se produjera el estallido eran ligeramente superiores a las que tenían de perecer, ya fuera como alimento de bestias rabiosas o sepultados bajo los sillares levantados por una explosión mal calculada. Aunque Andrevitch y Goodman se opusieron en primera instancia a esta iniciativa, los jóvenes reclutas, algunos poco más que escuderos, mensajeros y cocineros para la orden, no les dejaron elección. Esta era su batalla. Quizá no tuvieran el rango suficiente para combatir a los demonios del averno, pero nadie podría impedir que plantaran cara a una manada de chuchos. El gran maestro ruso ganaría el tiempo suficiente para abandonar la logia y podría escapar de sus rebeldes mascotas.

Argyle tiró con fuerza del brazo de su acompañante para ponerlo en movimiento. Aunque el ruso había recuperado parte de su aplomo natural y demostraba un cierto grado de decisión en sus acciones gracias al valor y la confianza que los noveles le habían demostrado, el volumen de su cuerpo y sus piernas, muy lejos ya del vigor de su juventud, imposibilitaban los movimientos rápidos que Argyle consideraba necesarios para alcanzar la puerta de servicio antes de que el ejército canino se reagrupara.

Cruzaron a trompicones las cocinas, ahora vacías, hasta la puerta trasera detrás de la cual la plaza parecía completamente despejada. Algún que otro londinense, que se había visto obligado a permanecer fuera de la sitiada confluencia de calles, empezaba a amagar intentos de acercarse a la logia o a los tribunales, sintiéndose héroes valientes y osados pues aún no estaban seguros de que la amenaza hubiera desaparecido por completo.

Algunos de los que más se acercaron a la Logia Blanca alcanzaron a ver las dos figuras que, desde detrás de la ventana acristalada oteaban el exterior y les indicaron por señas que podían salir sin temor.

Con paso apresurado Argyle y Andrevitch abandonaron la seguridad de la logia y corrieron hacia la verja como les indicaba el anónimo ciudadano. Apenas tuvieron tiempo de ver como la expresión del nuevo aliado que unos segundos antes les garantizaba la seguridad en el exterior se transformaba en una máscara aterrada al ver como una enorme figura blanca se abalanzaba desde el tejado sobre las espaldas de los dos caballeros, derribando a Andrevitch y haciendo

caer a Argyle lejos del ruso. Los reflejos del más joven de los caballeros actuaron con una precisión casi matemática y, al notar el primer impacto que, claramente, no iba dirigido contra él, se volvió para no dar de bruces en el suelo, como había hecho su acompañante quien ahora se encontraba bajo las patas de la bestia. La parte más primaria de su cerebro se arrepintió de haber hecho este movimiento, pues al volverse, pudo ver como la forma del segundo lobo real aparecía entre los encalados adornos del tejado y se abalanzaba también sobre ellos para terminar lo que su compañero había empezado.